

ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL «CULTURAS GLOBALIZADAS: DEL SIGLO DE ORO AL SIGLO XXI»

**Lygia Rodrigues Vianna Peres y Liège Rinaldi
de Assis Pacheco (eds.)**



LYGIA RODRIGUES VIANNA PERES Y
LIÈGE RINALDI DE ASSIS PACHECO (EDS.)

*ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL
«CULTURAS GLOBALIZADAS:
DEL SIGLO DE ORO AL SIGLO XXI»*

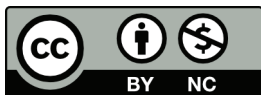
Pamplona
SERVICIO DE PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA
2017

Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 39
PUBLICACIONES DIGITALES DEL GRISO

Lygia Rodrigues Vianna Peres y Liège Rinaldi de Assis Pacheco (eds.), *Actas del Congreso Internacional «Culturas globalizadas: del Siglo de Oro al siglo XXI»*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2017. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 39 / Publicaciones Digitales del GRISO.

EDITA:

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.



Esta colección se rige por una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/).

ISBN: 978-84-8081-558-1

LYGIA RODRIGUES VIANNA PERES Y
LIÈGE RINALDI DE ASSIS PACHECO (EDS.)

*ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL
«CULTURAS GLOBALIZADAS:
DEL SIGLO DE ORO AL SIGLO XXI»*

DON QUIJOTE Y LAS FIGURACIONES
DE LOS DISTINGUIDOS CABALLEROS ANDANTES:
LA RISA, EL JUEGO

Lygia Rodrigues Vianna Peres
Universidade Federal Fluminense-UFF

Los que llamamos «distinguidos caballeros andantes» son el Caballero del Bosque, el Caballero de los Espejos y el Caballero de la Blanca Luna. Caballeros cuyos encuentros y enfrentamientos con el insigne don Quijote de la Mancha evidencian a su vez, el valeroso y los afligidos, el vencido y el vencedor; y cuando se cambian los roles el desafiante y el caído. Delimitamos nuestra lectura al *Quijote* de 1615. Nuestras reflexiones están basadas en *La risa*, de Henri Bergson y en *Homo ludens*, de Johan Huizinga, como veremos.

La insensibilidad acompaña la risa, la indiferencia es su medio natural, y la emoción su enemiga. Señala Bergson, además que

para comprender la risa hay que reintegrarla a su medio natural, que es la sociedad, hay que determinar ante todo su función útil, que es una función social. [...] La risa debe responder a ciertas exigencias de la vida común. La risa debe tener una significación social¹.

Johan Huizinga nos informa que el juego como cualidad determinada de la acción, se diferencia de la vida «corriente», cualidad cuya peculiaridad se nos presenta como forma de vida, como juego. Es decir, el juego no es la vida corriente. Para el historiador, esa cualidad de la acción cuyo objeto es el juego, forma de actividad, forma llena de sentido

¹ Bergson, 1985, p. 6.

y función social. Considera el jugar en sus múltiples formas concretas, como una estructura social. El juego

descansa en una manipulación de determinadas formas, en ciertas figuraciones de la realidad mediante su trasmutación en formas de vida animada, en ese caso tratará de comprender, ante todo el valor y la significación de estas formas y de aquella figuración. Tratará de observar la acción que ejercen en el juego mismo y de comprenderlo así como un factor de vida cultural².

Sabemos que don Quijote por la relativa elasticidad de los sentidos y de la inteligencia, en virtud de la cual sigue viviendo lo que leyó, viendo apenas las imaginerías caballerescas registradas en sus recuerdos de buen lector, viendo lo que ya nadie ve y perdió, desde hace mucho, toda oportunidad y temporalidad³.

En el capítulo X, de la segunda parte del *Quijote*, señalamos: «Y así prosiguiendo la historia, dice que así como don Quijote se emboscó en la floresta, encinar o selva junto al Toboso, mandó a Sancho volver a la ciudad y que no volviese a su presencia sin haber primero hablado de su parte a su señora» (p. 700). Camina, pues, el fiel escudero hacia El Toboso para buscar a Dulcinea, «y don Quijote se queda a caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones» (p. 701). Así lo deja Sancho Panza: figura inmóvil, estática, solitaria en el bosque. Adaptado a una situación pasada e imaginaria, él es la materia y la forma, la causa y la situación. Observamos con Bergson que «las actitudes, gestos y movimientos del cuerpo humano son risibles en la exacta medida cuando ese cuerpo nos lleva a pensar en una simple mecánica»⁴. Rigidez mecánica que señalamos en don Quijote en quien nos gustaría observar una agilidad despierta, vigilante, flexible y viva de un ser humano.

Se cambia el espacio. Ya no se veía al caballero en su figura imaginada, la cual es indiferente a Sancho, pues no le toca a él en su sensibilidad. Y, a lo mejor, a nosotros lectores que la figuramos en nuestra imaginación donde lo ha dejado el escudero. Ante esto mostramos sorpresa y risa, o a lo mejor, una sonrisa nos viene naturalmente. Somos todos

² Huizinga, 2012, p. 18

³ Bergson, 1975, p. 8.

⁴ Bergson, 1985, p. 8.

indiferentes, no nos toca la emoción, porque, como señala Bergson, «no hay mayor enemigo de la risa que la emoción».

Sancho se aparta de su vivencia corriente con don Quijote —nos acordamos de que los dos están ya apartados de la vida corriente del Toboso—. Sancho deja el bosque y nos muestra delimitados el espacio y el tiempo de su soliloquio, condiciones para el juego. Como nos informa Huizinga: «Pues quien dirige su mirada a la función ejercida por el juego [...] siempre tropezará con el juego como cualidad determinada de la acción, que se diferencia de lo cotidiano»⁵. Así, Sancho deja su vida cotidiana junto al Caballero, y se aparta momentáneamente de ella.

Se aparta momentáneamente e insensible a la inmovilidad de su amo y «se apeó del jumento y sentándose al pie de un árbol, comenzó a hablar consigo mismo».

Habla tranquilamente, indiferente, en soliloquio razonable cuya comicidad se nos manifiesta en las indagaciones de su ánimo en la combinación de distintas circunstancias:

—Sepamos agora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va a buscar algún jumento que se le haya perdido? —No, por cierto. —Pues ¿qué va a buscar? —Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella al sol de la hermosura y a todo el cielo junto. —¿Y adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? —¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso. —Y bien, ¿y de parte de quién la vais a buscar? —De parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que desfaca los tuertos y da de comer al que ha sed y de beber al que ha hambre. —Todo eso está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho? —Mi amo dice que han de ser unos reales palacios o unos soberbios alcázares. —¿Y habéisla visto algún día por ventura? —Ni yo ni mi amo la hemos visto jamás. —¿Y pareceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir a sonsacarles sus princesas y a desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas a puros palos y no os dejasen hueso sano? —En verdad que tendrían mucha razón, cuando no considerasen que soy mandado, y que

Mensajero sois, amigo,
no merecéis culpa, non. (p. 702)

Observamos la intimidad fraternal de la afirmación y la forma de tratamiento: «vuesa merced». Y todo el soliloquio de Sancho Panza se alterna entre preguntas cortas y largas con respuestas aclaradoras al lector:

⁵ Huizinga, 2012, p. 18.

el objetivo del paso al Toboso. Preguntas y respuestas que tienen reiteración de sentido entre el saber y no saber, entre el conocer y no conocer. Preguntas y respuestas, consideraciones, términos presentes, impulsos y una idea —ir al Toboso— una broma que fuerza el sentimiento⁶. Y la concordancia final muy juiciosa con versos que se encuentran en un romance de Fernán González y en uno de Bernardo del Carpio. Versos proverbiales en el saber del escudero. Por todo ello nos reímos en la tranquilidad de lectores. La insensibilidad acompaña la risa⁷.

Y, todavía al pie del árbol, nosotros vamos a oírle: «—Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun yo no le quedo en zaga». Es decir: y yo tampoco me quedo atrás, «pues soy más mentecato que él, pues le sirvo y le sigo» (p. 703).

Mas el aparente aislamiento de Sancho le ofrece la oportunidad de hablar de sí para sí, juega consigo mismo. Juego necesario y no aislado, pues habla con todos nosotros, ahora sus oyentes. Además el soliloquio en su comicidad actualiza al lector en su condición de escudero fiel.

Al final del capítulo X, volvieron a subir en sus bestias y caballero y escudero caminan en dirección a Zaragoza. Pasado el episodio de «Las cortes de la muerte», los encontramos «debajo de unos altos y sombreros árboles (p. 718)», todo bajo la noche oscura. En el silencio nocturno los pájaros dormidos y las hojas silenciosas no pudieron oír la plática de los dos ya cansados caminantes, y «finalmente Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y don Quijote, dormitando al de *una robusta encina*» (p. 722).

Señalamos anteriormente que don Quijote «se emboscó en la floresta de encinar o selva» y ahora sabemos que se quedó «dormitando al [pie] de una robusta encina». Nos acordamos, pues, del emblema CXCIX, de Alciato, en cuya traducción de Bernardino Daza Pinciano, 1548, leemos:

Fue querida de Júpiter la Encina,
el cual ansí de aquí piensan llamarse,
porque a nuestro favor siempre se inclina.
De encina una corona solía darse
a quien en la batalla repentina
librando un cibdadano pudo honrarse

⁶ Ver Bergson, 1985, p. 86.

⁷ Bergson, 1985, p. 4.

y aunque ahora solo por sombra aprovecha
por eso Júpiter no la desecha.

La encina o roble, árbol sagrado en Grecia, poesía de dádivas sagradas, pues «aguanta las tormentas, atrayendo los rayos de Júpiter. Concentra la potencia, solidez, tanto física como espiritual», como observa López Gajate, además de infundir

a la planta valores emblemáticos: árbol de los varones fuertes (como robles), de los constantes, de los que no cejan en sus empresas ante las adversidades, de los que resisten las tormentas y son capaces, además de cobijar, con sus sombras a seres desvalidos⁸.

Por ello el caballero no duerme, está dormitando, está medio dormido, está vigilante frente a lo que pueda ocurrir en la oscuridad del bosque. Y le despierta un ruido a sus espaldas, puede ver dos hombres y oír el crujido de las armas y las palabras de aquel que encuentra la soledad y el silencio para sus «amorosos pensamientos». El espacio se define y la escena se muestra en una presentación entremesil. Seguro ante una nueva aventura, la voz de don Quijote determina al escudero y a nosotros: «Pero escucha, que a lo que parece está templando un laúd o vigüela» (p. 723). Los signos sonoros envuelven a los espectadores/lectores en la teatralización de la narrativa. Y seguimos: la voz del caballero del Bosque no muy mala ni muy buena canta el soneto:

—Dadme, señora, un término que siga,
conforme a vuestra voluntad cortado,
que será de la mía así estimado,
que por jamás un punto dél desdiga.
Si gustáis que callando mi fatiga
muera, contadme ya por acabado;
si queréis que os la cuente en desusado
modo, haré que el mismo amor la diga.
A prueba de contrarios estoy hecho,
de blanda cera y de diamante duro,
y a las leyes de amor el alma ajusto.
Blando cual es o fuerte, ofrezco el pecho:
entallad o imprimid lo que os dé gusto,
que de guardarlo eternamente juro. ¡Ay! (p. 723)

⁸ López Gajate, 1996, p. 165.

Los sonetos eran composiciones para ser cantadas, de ahí la vihuela o laúd y nos muestra la calidad que corresponde al supuesto joven enamorado, el bachiller Sansón Carrasco, figuración, representación del Caballero del Bosque.

Apenas el soneto fue suficiente para el desahogo del corazón «doliente y lastimado». Por ello, el Caballero del Bosque, visto apenas en bulto —la escena se nos presenta en el bosque oscuro— se lamenta de «la serenísima Casildea de Vandalia»:

— ¡Oh la más hermosa e ingrata mujer del orbe! ¿Cómo será posible serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la más Hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos y finalmente todos los caballeros de la Mancha? (p. 724)

El nombre de Casildea, evidentemente, nos recuerda a Dulcinea. Es, pues, un indicio de provocación. Con el lamento del triste enamorado «algo está en juego». Hay un incidente, hay afirmaciones conocidas por todos nosotros, referidas en ese momento no a la belleza de Dulcinea, mas a la de Casildea. Referencias que van creciendo hasta llegar no solo al caballero de la Mancha, mas a todos. Podemos, entonces, afirmar con Henri Bergson que «es cómico todo incidente que llama nuestra atención sobre el físico de una persona cuando la moral es la causa»⁹. Así, no es apenas la belleza de Dulcinea, sino la multiplicación: «caballeros de la Mancha».

La voz del narrador en esa presentación entremesil señala, como didascalía explícita, y nos aclara:

el caballero del Bosque [...] se puso en pie y dijo con voz sonora y comedida:

— ¿Quién va allá? ¿Qué gente? ¿Es por ventura de la del número de los contentos, o de los afligidos?

— De los afligidos - respondió don Quijote.

— Pues lléguese a mí —respondió el del Bosque— y hará cuenta que llega a la misma tristeza y a la afición mesma (p. 724).

⁹Ver Bergson, 1985.

La reiteración de la palabra «misma» antecediendo y posponiéndose al sustantivo enseña la simpatía y perspicacia del interlocutor de don Quijote, en sintonía dolorida.

En la selva oscura las voces suenan en diferentes tonos entre el viejo caballero andante y el joven Sansón Carrasco, en ecos de «terneza» y comedimiento, y la voz del narrador nos informa: «Don Quijote se llegó a él, y Sancho ni más ni menos». Es decir, se delimita un espacio más.

La voz del narrador informa:

— Sentaos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes (p. 725).

El espacio delimitado —«naturales lechos y propias estancias»— y el tiempo —la noche— circunscriben muy bien el encuentro de los dos caballeros. Y sigue la conversación entre tan ilustres figuras, cuando oímos la pregunta de el del Bosque: «—Por ventura, señor caballero, ¿sois enamorado?» «Por desventura lo soy». Evidentemente que hay una gran ironía en los cuestionamientos del caballero de la Selva. Señalamos, entonces, la satisfacción de don Quijote cuando declara: «—Nunca fui desdeñado de mi señora». Ante lo que Sancho inmediatamente confirma: «—No, por cierto, porque es mi señora como una borrega mansa: es más blanda que la manteca». La disonancia y lo inesperado de la observación sanchesca nos muestra lo inusitado de la observación. Es lo que Bergson considera la comicidad de palabra: «borrega», cordera de uno a dos años. Persona sencilla o ignorante; y «mansa»: persona que se somete gregaria o dócilmente a la voluntad ajena: blanda y manteca.

En el capítulo XIV, donde prosigue la conversación entre los dos caballeros, en la noche oscura, un nuevo espacio se configura, pues se fueron los dos escuderos para mantener una conversación retirada.

De ese modo aclara el del Bosque a don Quijote:

— Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, o por mejor decir, mi elección, me trujo a enamorar de la sin par Casildea de Vandalia. Llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. [...] Pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla a aquel tan famoso caballero don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago

cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal don Quijote que digo que ha vencido a todos, y habiéndole yo vencido a él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado a mi persona (p. 734).

Toda la firmeza y ponderación de don Quijote junto al del Bosque no impiden la certeza del Caballero transformado, y la afirmación categórica y convincente ilustra su honor de caballero: «aquí está el mismo don Quijote, que la sustentará con sus armas a pie o a caballo o de cualquier suerte que os agrade». Así, algo está en juego.

Afirma Huizinga que «se lucha o se juega “por algo”» (2012, p. 87). Se lucha por la victoria, por el honor, por el prestigio o por un valor exclusivamente ideal. Por ello, por su hombría, es decir, por la virtud del verdadero caballero, como lo es don Quijote, él mismo declara: «aquí está el mismo don Quijote» (p. 737).

Se dramatiza la escena, pues la voz del narrador informa: «y diciendo esto se levantó en pie y se empuñó la espada». Gesto mecánico, impulsivo en defensa de su fama. El del Bosque, indica el narrador,

con voz asimismo sosegada, respondió y dijo:

— Al buen pagador no le duelen prendas, es decir, al que tiene razón no le duelen prendas, el que una vez, señor don Quijote, pudo vencederos transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser (p. 737).

Y la noche oscura que no es interminable nos muestra que:

En esto, ya comenzaban a gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecían que daban la nora-buena y saludaban a la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones de Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimesmo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófara [...]. Mas apenas dio lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas (p. 740).

Es cuando don Quijote pudo ver por vez primera a su contendor para la apuesta en el juego de distinguidos caballeros. Y todo ese espacio y tiempo —el bosque iluminado con los matices de la aurora— preparan al lector para la aparición del caballero de los Espejos:

Don Quijote miró a su contendor y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro, pero notó que era hombre membrudo y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevista o casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galán y vistoso; volábanle sobre la celada grande cantidad de lunas verdes, amarillas y blancas; la lanza, que tenía arrimada a un árbol, era grandísima y gruesa y de un hierro acerado de ser reconocido más de un palmo (p. 740).

A partir de «lo visto y mirado» podía deducirse que el caballero debía ser muy fuerte, «pero no por eso temió» don Quijote. El del rostro nunca visto declara la imposibilidad de mostrarse. Y ocupado el enamorado caballero de Dulcinea en ayudar a Sancho a subir a un alcornoque se detuvo el caballero de los Espejos que

embarazado con su caballo y ocupado con su lanza [...] Don Quijote a salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos, con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pie ni mano dio señales de que estaba muerto (p. 743).

Bajo la protección de la sagrada encina, don Quijote derrumba al Caballero de los Espejos, que, caído y vencido, está en manos del caballero de la Mancha,

El cual apeándose de Rocinante, fue sobre el de los Espejos y, quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto y para que le diese el aire si acaso estaba vivo. ¿Quién podrá decir lo que vio, sin causar admiración, maravilla y espanto a los que oyeren? Vio, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisionomía, la misma efigie, la perspectiva misma del bachiller Sansón Carrasco (p. 744).

La reiteración, repetición de mismo/misma expresa la certeza de lo visto y no deja ninguna duda. Muestra la comicidad de la escena porque sigue la expectativa, la observación del de los Espejos, cogido inesperadamente.

Mas la risa se despierta, cuando oímos las palabras de don Quijote —sorpresa y entusiasmo— : «—¡Acude Sancho, y mira lo que has de ver y no lo has de creer! ¡Aguija hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y encantadores! (p. 744).

Si algo está en juego y se juega por algo, «virtud, honor, nobleza y gloria, se hallan, desde un principio, en el círculo de la competición, es decir, del juego»¹⁰.

De ese modo, cabe al vencido cumplir las reglas acertadas. Así, el caballero de los Espejos —Sanson Carrasco— confirma el cumplimiento de su palabra, frente a la amenaza de don Quijote y confiesa la superioridad de la sin par Dulcinea del Toboso, y ser él el verdadero don Quijote de la Mancha: «Todo lo confieso, juego y siento como vos lo creéis, juzgáis y sentís [...]. Dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz mal trecho me tiene».

Más adelante les esperaba otro encuentro, también con una noche de espera: «En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas partieron Roque, don Quijote y Sancho con otros seis escuderos a Barcelona. Llegaron a su playa la víspera de San Juan, en la noche» (p. 1130). Y don Quijote a la llegada de la mañana, «así a caballo como estaba». Figura mecánica, estable en la certidumbre de caballero andante. Mas, nos informa el narrador: la faz de la blanca aurora comenzó a dar lugar al sol, rostro mayor que de una rodela, por bajo horizonte. Entonces, don Quijote y Sancho «vieron el mar, hasta entonces dellos no visto, parecióles espaciocísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera que en la Mancha habían visto» (p. 1130). Y vieron «el mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro [...] gusto súbito en todas las gentes» (p. 1131).

Señala el narrador, que, saliendo el insigne caballero de la Mancha por la mañana a pasearse por la playa, y hay que señalar, «armado de todas sus armas» las cuales eran para él «sus arreos» e incansable en los desafíos, «su descanso el pelear», «vio venir hacia él un caballero» armado de pies a cabeza», es decir, «de punta en blanco», como él. Nos parece interesante mostrar el matiz diferencial de la acción entre don Quijote «saliendo» y «vio venir hacia él». Es decir, don Quijote es el señor de la acción. Y cómo tal, nosotros vemos con él «que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente» (p. 1157). No traía carámbanos de luna, no traía «muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos» o «grande cantidad de lunas verdes, amarillas y blancas» como el Caballero de los Espejos ante quien salió vencedor. Es decir, muchas lucecitas, muchísimas lunas de diferentes colores, grande resplandor, evidencia signica de la victoria de don Quijote de la Mancha. Pero, el caballero que «vio

¹⁰ Huizinga, 2012, p. 106.

venir hacia él» apenas «en el escudo traía pintada una luna resplandeciente». Luna —índice, símbolo, icono— la de más pesadumbre para don Quijote. Ya no más la faz de la blanca aurora.

Frente al reto del Caballero de la Blanca Luna, el Caballero de la Triste Figura acepta el juego determinado por las reglas de la caballería andante, «porque no se pase el día que traéis determinado» (p. 1156). El espacio del juego está fuera de «la vida corriente», vida en sociedad junto a don Antonio Moreno. Es el espacio exterior, la playa en Barcelona. Y asistimos al juego:

Y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó a don Quijote a dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza (que la levantó, al parecer, de propósito, que dio con Rocinante y con don Quijote una peligrosa caída. Fue luego sobre él y, poniéndole la lanza sobre la visera, le digo:

—Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío (p. 1160).

La intención del Caballero de la Blanca Luna era apenas derrumbar a don Quijote, pues la lanza «la levantó, al parecer, de propósito».

Derrumbado, «molido y aturdido con voz debilitada y enferma», el caballero mantiene todavía la fuerza de carácter: «—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad».

Fuerza de carácter, mas consciencia de su honra defraudada, determina: «Aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra». El Caballero de la Blanca Luna, Sansón Carrasco, declara el cumplimiento, de lo concertado antes del enfrentamiento con don Quijote: «que el gran don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla».

El desconocido caballero con la cabeza hace medida al visorrey y se entra en la ciudad a medio galope. Procurado y encontrado, el Caballero de la Blanca Luna declara a don Antonio:

[...] así habrá tres meses que salí al camino como caballero andante con intención de pelear con él y vencerle sin hacerle daño [...] porque él me venció a mí y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caída,

que fue además peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver a buscarle y a vencerle, como hoy se ha visto [...]. Suplicoos no me descubráis, ni lo digáis a don Quijote quien soy, porque tenga efecto los buenos pensamientos míos, y vuelva a cobrar su juicio (p. 1162).

De ese modo, Sansón Carrasco cumple lo acordado con el cura para que don Quijote volviese a su casa, vencido. Sin embargo no cumplió la palabra prometida a don Quijote:

Quedaron en esto y en que la partida sería de allí a ocho días. Encargó don Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y a maese Nicolás, y a su sobrina y al ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinación. Todo lo prometió Carrasco (p. 662).

Sansón Carrasco es bachiller en Cánones por Salamanca, debe concebir el mundo regido por la lógica escolástica, la salvaguarda, en ideales condiciones del bienestar común. Y seguimos nuestras reflexiones con Avalor-Arce:

Pero en el mundo, la locura puesta en libertad y encarnada en don Quijote, es un atentado contra esa lógica normativa. La conclusión inevitable en la mente escolástica de Sansón Carrasco es que esa locura debe ser contenida, refrenada y eliminada. Para llevar a cabo esa benéfica tarea, Sansón aplicará el método *similia similibus*, «curar a algo con su semejante»¹¹.

En conclusión, intentamos delimitar y leer los espacios escénicos o escenas entremesiles, teatralización, como espacios apartados de la vida corriente y marcados por acciones fuera de la vida diaria —como señala Huizinga—, donde se presenta la figuración del bachiller Sansón Carrasco como Caballero del Bosque, de la Selva y Caballero de los Espejos, y Caballero de la Blanca Luna. Para ello señalamos algunos rasgos de *La risa*, de Henri Bergson a través del mecanismo, indiferencia o insensibilidad del personaje don Quijote, de las reiteraciones de palabras, de situaciones de comicidad, por las distintas oposiciones y sencillez de Sancho Panza. Todo ello nos demuestra la victoria del Caballero de la Triste Figura, al pie de robusta encina, victoria sobre el bachiller salmantino. Canto del cisne del viejo cuerdo-loco don Quijote de la Mancha. Y nos muestra el icono de la desventura de don Quijote con el

¹¹ Avalor-Arce, 1989, p. 18.

desafío del Caballero de la Blanca Luna, una vez que Sansón Carrasco todo lo prometió, primeramente, a don Quijote, y se nos pone delante con hábito de San Pedro —sotana, manteo y bonete negro—. Traje de estudiantes y de eclesiástico como era él. De ese modo, podemos afirmar que todo lo prometido a don Quijote es una burla. Es imposible para él, en su formación escolástica, dejar pasar, a los que se ocupan del Caballero de la Mancha, su loca resolución: la tercera salida. Para ello pone en práctica el método de *similia, similibus*: el juego de la andante caballería nos muestra vencido a don Quijote, y Alonso Quijano vuelve al espacio familiar, social. No más al espacio de la risa y del juego.

BIBLIOGRAFÍA

- Avalle-Arce, Juan Bautista, «El Bachiller Sansón Carrasco», en *Actas II, Asociación de Cervantistas*, Madrid, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1989, pp. 17-25.
- Bergson, Henri, *La risa*, trad. Amalia Aydée Raggio, Madrid, SARPE, 1985.
- Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso don Quijote de la Mancha*, edición dirigida por Francisco Rico, Madrid, Instituto Cervantes/Crítica, 1998.
- Huizinga, Johan, *Homo Ludens*, trad. Eugenio Imaz, Madrid, Alianza, 2012.
- López Gajate, Juan, «El emblema de fray Luis de León», en *Historia, humanismo y letras*, coord. Víctor García de la Concha y Javier San José Lera, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996, pp. 159-169.

